



ENTRE PANDEMIA Y PANDEMIA

**Coronavirus
Neoliberalismo**

Se recogen en las siguientes páginas ocho artículos publicados en diversas revistas, escritos por otros tantos analistas y politólogos que aportan ideas y propuestas sobre la crisis que nos invade y las dos pandemias que sufren los pueblos del planeta: la primera es crónica, conocida como “neoliberalismo”; la otra, actual, biológica, es el coronavirus COVID-19.

Entre la incredulidad y la inquietud ante lo que está sucediendo a escala mundial, enclaustrados en nuestros hogares, surgen preguntas sobre lo que pasa y lo que puede ocurrir cuando regrese la “normalidad”.

En los siguientes textos se aportan algunas ideas, reflexiones y opiniones al respecto que tal vez puedan contribuir al debate personal de cada quién.

Biblioteca Omegalfa,
28/marzo/2020

Contenido:

1) El fracaso de la ideología neoliberal y la pandemia del COVID-19, por Elvin Calcaño Ortiz.....	4
2. Covid-19, capitalismo y fin de la normalidad, por Jaime Pastor.....	11
3. El coronavirus y la lucha global anticapitalista, por Kintto Lucas.....	19
4. La pandemia acelera el cambio de época y el fin de la era de globalización neoliberal porCarlos Enrique Bayo	22
5. Corona-virus: ¿el fin del neoliberalismo o algo más? por Andrés Piqueras.....	32
6. Después de la guerra por Manuel Castells.....	40
7. Coronavirus: Tres preguntas para después de la Pandemia por Jordi Muñoz.....	44
8. No hay otra arca de Noe. Naturaleza y destino humanos por Héctor Peña Díaz.....	48

El fracaso de la ideología neoliberal y la pandemia del COVID-19

Elvin Calcaño Ortíz
Político dominicano

Fuente: [Observatorio de la crisis.com](https://observatorio.de.la.crisis.com)

LA PANDEMIA del coronavirus ha colocado a la humanidad en un contexto de parálisis e incertidumbre como no se conocía en décadas. Para Europa, por ejemplo, esta crisis representa el mayor desafío desde la segunda Guerra Mundial (1939-1945). China, el motor de la producción mundial, estuvo dos meses totalmente paralizada y por primera vez en medio siglo decrecerá económicamente. [¹]

Estados Unidos, todavía gran imperio, ve cómo se le viene encima el COVID-19 sin saber si quiera qué exactamente hacer para afrontarlo. América Latina, región periférica del sistema-mundo, cerró fronteras y encerró sus ciudadanos ante una amenaza que, de concretarse, podría generar una profunda estela destructiva.

El mundo se halla en estado de shock por un virus respiratorio que surgió en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei, en el centro de China. Así las cosas, proponemos un análisis de esta crisis en dos claves: su impacto en el neoliberalismo en tanto matriz de subjetividades y las

¹ <https://elpais.com/economia/2020-03-22/el-alto-precio-de-vencer-al-virus.html>

nuevas configuraciones geopolíticas que impulsará. Veamos.

Primera clave

La ideología neoliberal, impulsada por el capitalismo triunfante post caída de la Unión Soviética y la consecuente deslegitimación del socialismo como horizonte viable, se instauró en el mundo como único posible desde finales del siglo pasado. ¿Y qué es esta ideología? Es un conjunto de dogmas y consensos que, a su vez, dan forma a un sentido común desde el cual la gente organiza y sustenta decisiones y aspiraciones en su vida cotidiana.

El neoliberalismo, así pues, además de proyecto de acumulación de las élites vinculadas al capitalismo financiero, es, también, una matriz de subjetividades. Esa ideología tiene, en general, tres pilares básicos: individualismo, primacía de lo privado por sobre lo público y meritocracia.

El neoliberalismo sostiene, haciendo malabarismos antropológicos e históricos, que lo normal en el ser humano es el egoísmo. Y, así, el individualismo sería una forma de vida. Es decir, que el ser humano asume la vida desde el entendido que debe salvarse a sí mismo y poseer lo suyo antes que cooperar o compartir. Desde esa estructuración discursiva, el neoliberalismo convenció a millones de que el socialismo había “fracasado” porque era “antinatural”.

Entonces el socialismo, iría en contra de la “naturaleza humana” al postular el colectivismo Y que, por tanto, sólo por medio de regímenes autoritarios pudo imponerse el socialismo real. Era una suerte de herejía anti

naturaleza humana. El capitalismo, en cambio, triunfó porque es “lo natural”.

Empero, detrás de esas narrativas se escondía un proyecto de acumulación de las élites mundiales vinculadas al capitalismo financiero que, en desmedro del capitalismo productivo, se estaba imponiendo en el mundo. Para esas élites era preciso convencer a la gente de que no había otra posibilidad; todo lo demás era antinatural, esto es, lo opuesto a la verdadera naturaleza del hombre. Por ello, el verdadero gran triunfo del neoliberalismo, radica en que se constituyó en sentido común.

Esta mentalidad invadió la cabeza de millones de clase-medios y humildes, haciéndolos asumir los intereses de las minorías ricas como propios. Empezaron a ver el mundo desde el lugar de los privilegiados, un sector al que nunca pertenecerían.

Configuraron de esta manera una realidad basada en paradigmas de individualismo, egoísmo y posiciones reaccionarias anti solidaridad y anti presencia del Estado como ente interventor en las relaciones económicas e igualador en lo social.

Formateando un sujeto individualista e insolidario, las élites neoliberales emprendieron su proyecto de desmantelamiento del Estado en aras de la “eficiencia” lo que implicó recortes en salud, educación y reducción al mínimo de la capacidad de intervención estatal en la economía.

El sujeto individualista aplaudió todo eso, desde las periferias del tercer mundo, creyendo, como decían los voceros neoliberales, que con ello pensaron se acercaban al primer mundo. En los países centrales, ese desmantelamiento implicó la precarización de clases medias que,

desde la generación del baby boom post segunda Guerra Mundial, vivieron los beneficios del Estado de bienestar.

La pandemia del coronavirus vino, sin embargo, a poner en cuestión esa ideología neoliberal tanto en los países centrales como en los periféricos. Una crisis sanitaria inesperada, pero completamente explicable científicamente, desnuda a cuerpo entero el modelo neoliberal como un problema no sólo económico, sino que para la vida. Frente a esta pandemia que, por su facilidad de propagación, amenaza con el colapso a sistemas sanitarios del primer mundo, lo público es la única respuesta.

En un contexto donde la gente de países centrales del sistema-mundo como Italia, Francia y España ven a sus seres queridos debatirse entre la vida y la muerte (sobre todo las personas de 60 años, que constituyen alrededor del 80% de los miles de fallecidos por el virus [²]). Ni el mercado ni los banqueros son quienes están salvando las vidas amenazadas. Son los médicos del sector público que, no hace mucho, en nombre de la eficiencia y el “crecimiento”, banqueros y voceros neoliberales despreciaban.

Esa subjetividad neoliberal, triunfante hasta hace poco, desde su santo grial, la llamada meritocracia quedará fuertemente socavada tras esta crisis. El Estado reducido y “eficiente” instaurado en Italia y España, está provocando miles de muertos con el Covid-19 a causa del déficit de camas hospitalarias generado por los recortes neoliberales acumulados desde hace casi 20 años.[³]

² <https://www.worldometers.info/coronavirus/>

³ https://www.infolibre.es/noticias/politica/2020/03/14/la_crisis_castiga_sis-te-

Se eliminaron y privatizaron hospitales en nombre del crecimiento. Un crecimiento que nunca llegó realmente (salvo para el 1% más rico) y que ahora está matando a los viejos. Reivindicar el neoliberalismo será muy difícil de ahora en adelante. ¿Será que se viene un nuevo posicionamiento de la importancia de lo público y del Estado en función de lo colectivo?, ¿qué estructuración discursiva necesitará?

En principio, creo que si la gente ve qué políticas salvan las vidas durante la pandemia (lo público) y qué políticas han provocado la mayoría de las muertes (los recortes en clave neoliberal) será suficiente para comenzar a posibilitar un nuevo horizonte.

Segunda clave

El Covid-19 surgió en China. País que sufrió más de dos meses de paralización, miles de muertes e incertidumbre. Pero haciendo uso de un enorme despliegue de disciplina social, alta tecnología (sobre todo en materia de manejo de macro datos y avanzados dispositivos de geolocalización) y primacía del Estado, la República Popular China logró superar la pandemia en un tiempo que muy difícilmente pueda igualar ningún país occidental.[⁴]

Entretanto, hoy en día de China salen millones de mascarillas y equipos médicos para ayudar a otros países donde el coronavirus está en su punto más duro. La vi-

[ma sanitario debilitado por los recortes privatizacion 104939 1012.html](#)

⁴ https://www.washingtonpost.com/world/asia_pacific/locked-down-in-beijing-i-watched-china-beat-back-the-coronavirus/2020/03/16/f839d686-6727-11ea-b199-3a9799c54512_story.html

sión geopolítica de la dirigencia china ha marcado la agenda mundial desde hace más de una semana.

Puesto que, mientras Estados Unidos, el gran rival geopolítico, se encierra asustado y su presidente, un decidente promotor del nacionalismo blanco anti globalización, no sabe cómo liderar la crisis, los chinos se posicionan como potencia cooperante ante la mayor crisis global de las últimas décadas. Las imágenes de los chinos enviando aviones con ayuda a Italia, España y países latinoamericanos pesarán decisivamente en la reconfiguración geopolítica que acarreará esta pandemia.

China asume la centralidad en un espacio de disputa global que Estados Unidos, empantanado en sus contradicciones internas, deja vacío. El centro geopolítico mundial, en medio de esta crisis histórica, está en China ahora mismo. Una China que, junto con sus vecinos del sudeste asiático, se presenta no sólo como potencia global, sino que como paradigma de gestión y gobernanza para solucionar un tipo de desafío sanitario, económico y social que probablemente se repita varias veces en este nuevo siglo. Si el coronavirus efectivamente implicará redefinir algo en el mundo, este cambio, sin dudas, será encabezado por China y el sudeste asiático.

El centro del nuevo diseño de gobernanza mundial (basado en cooperación entre continentes para afrontar desafíos que nadie por sí sólo podrá superar, alta tecnología y reconceptualización de la idea de soberanía nacional) pasará a esa parte del mundo. El modelo de sociedad asiático sustentado en la disciplina social, vigilancia mediante alta tecnología y primacía de lo colectivo - encarnado en el Estado- por sobre la idea occidental de

la libertad individual, encontrarán mucho eco en todo el mundo.

Si Occidente, tras conquistar el resto del mundo a partir del siglo XV, alcanzó la primacía cuando convenció a buena parte de la humanidad de que su modelo de sociedad era el mejor, ¿no será que ahora ese mismo mundo comenzará a mirar a China y sus vecinos –que juntos conforman todo un mundo cultural milenario– como una nueva alternativa de modelo de sociedad?

Si antes el mundo asumió lo occidental como lo mejor hoy, en medio del shock del coronavirus, se comienza a ver el paradigma chino-asiático como algo superador. Un modelo donde la sociedad no se construye a partir de individualidades, sino que, al contrario, lo individual está al servicio de lo colectivo.

Y, en ese contexto, la autoridad estatal se entiende como lo que encarna esa idea de lo colectivo. Para los chinos, coreanos y japoneses no hubo mayores problemas a la hora de ponerse al servicio del Estado, suspendiendo libertades individuales, a fin de contener la pandemia. Muy distinto a lo ocurrido en Europa.

Estamos, pues, ante una redefinición geopolítica, con fuertes claves civilizacionales, que habrá de abrir un nuevo marco de relaciones y gobernanza global. Considero que lo global, con esta pandemia, no se reducirá, sino que más bien se redefinirá hacia otros consensos y modelos donde la centralidad ya no estará en Occidente, sino que en el sudeste asiático y, al mismo tiempo, será redistribuida entre otros actores. El Covid-19 nos está dejando otro mundo en otras claves geopolíticas. ■

Covid-19, **capitalismo** y **fin** de la normalidad

Jaime Pastor

Politólogo, editor de **viento sur**

[Tribuna viento sur](#) 27/03/2020

OMANDO prestado el título de la obra de James K. Galbraith, *El fin de la normalidad*, parece ya indiscutible que ésta se acabó definitivamente y que ahora nos hallamos en un punto de inflexión inédito en nuestra historia contemporánea y, sobre todo, en la de un capitalismo globalizado que se había impuesto como el único sistema posible. Porque ahora es éste el que ha de ser cuestionado con más contundentes razones.

Si en el ámbito científico hay debate sobre los orígenes de la pandemia, sí parece haber evidencias suficientes de que la difusión se encuentra estrechamente relacionada con “la olla a presión evolutiva de la agricultura y la urbanización capitalista” ([Contagio social: guerra de clases microbiológica en China](#)) y con factores como “la alteración global de ecosistemas asociada a la crisis eco-social y climática, la deforestación del Sudeste asiático, los cambios masivos en el uso de la tierra, la fragmentación de los hábitats, la urbanización, el crecimiento masivo del turismo y de los viajes en avión, la debilidad y mercantilización de los sistemas de salud pública”, como

explica Joan Benach: ["El coronavirus és una amenaça per als barris més pobres"](#).

Un conjunto de factores, en suma, que exigen una impugnación radical del modelo civilizatorio injusto e insostenible que ha ido conformando el capitalismo a lo largo de su historia y que ha llegado a su punto más alto bajo el neoliberalismo.

Un capitalismo que ni siquiera se ha mostrado compatible con la tarea de garantizar un derecho universal tan fundamental como el de la salud. Todo lo contrario: lo ha ido restringiendo mediante el saqueo, la privatización, los recortes y la sobreexplotación de la sanidad pública y sus trabajadores y trabajadoras para ir poniéndola en manos privadas, únicamente motivadas por la lógica del máximo beneficio. Todo esto es lo que ha ido creando las condiciones del colapso del sistema que se está produciendo ahora en el mal llamado y presuntamente modélico Primer Mundo, con la consiguiente tragedia humana que estamos observando con creciente indignación todos estos días.

Así que, si antes de esta crisis cabían dudas, ya no debería haberlas para convencerse de que hemos entrado en la era del *capitalismo del desastre* (Klein), con la crisis climática como la principal amenaza a la vida en el planeta, pero con el que interactúan otras, como la sanitaria, junto a las derivadas de la agravación de desigualdades de todo tipo que convierten a un número creciente de personas en *desechables*. Y con un panorama de salida de la crisis aún peor ante la inminente entrada en una nueva Gran Recesión, probable ya antes de la irrupción del Covid-19, que llegará con mayor fuerza debido al enorme aumento de la deuda global que se está gene-

rando y con la consiguiente presión de los grandes poderes económicos transnacionales para que los Estados les *rescaten* de nuevo y, a su vez, éstos compitan más entre sí en medio de la inestabilidad geopolítica general.

En medio de este repliegue nacional-estatal casi generalizado, podemos encontrarnos pronto –incluso en una Unión Europea que está mostrando toda su impotencia cuando se trata de dar una respuesta solidaria, como explican Manuel Garí y Fernando Luengo [Unión Europea, una nueva decepción](#)– ante una ofensiva austeritaria neoliberal más dura que la anterior. Si bien es posible que esa nueva vuelta de tuerca vaya acompañada, en el mejor de los casos, de algunas medidas *compasivas* temporales dirigidas a neutralizar el malestar social, como está ocurriendo ahora, pero que no van a compensar la brutalidad del recurso a los ERTE por parte de la patronal, como se recuerda en este artículo: [España se va al ERTE: el gobierno rescata a las grandes empresas con beneficios](#).

Un malestar que ya se estaba expresando antes de la pandemia mediante revueltas populares en muchos lugares del planeta, estimuladas por las movilizaciones impulsadas desde el ecologismo y el feminismo, y que esperemos se reactiven frente a esa probable estrategia del shock, ya sea bajo una u otra variante nacional-estatal en función de las diferentes relaciones de fuerzas sociales y políticas.

Una (sin)razón del mundo en quiebra

Con todo, no va a ser fácil que un neoliberalismo que se había convertido en *nueva razón del mundo* (Laval y

Dardot) recupere la legitimidad perdida en esta crisis. En efecto, hemos visto cómo la respuesta a la pandemia se ha mostrado incompatible con la cultura del individualismo propietario y del emprendimiento y exige buscar soluciones colectivas en defensa de lo público —a no confundir con lo estatal—, de los bienes comunes, de la solidaridad y el apoyo mutuo en los cuidados. Entre esos bienes públicos, la reivindicación de una sanidad pública, universal, gratuita, de calidad y bajo control social en cualquier parte del mundo es ahora la más urgente. Una lucha que ya se está manifestando mediante una cantidad enorme de iniciativas desde abajo que, incluso en condiciones de confinamiento y haciendo de la necesidad virtud, anuncian un salto adelante en la construcción y refuerzo de redes de auto-organización comunitaria en muchas ciudades, barrios y pueblos de todo el Estado.

También, la obligada paralización de una larga lista de actividades económicas, muchas veces bajo la presión de la clase trabajadora en torno al eslogan *Nuestras vidas valen más que vuestros beneficios*, como ha ocurrido en la industria o en la construcción, para ir reduciéndola a las esenciales, está permitiendo dar credibilidad a propuestas de decrecimiento selectivo —incluyendo el cuestionamiento del modelo de consumo, distinguiendo entre necesidades y falsos deseos—, procedentes del ecologismo; a la revalorización del trabajo de cuidados que viene exigiendo desde hace tiempo el feminismo; a la prefiguración, en resumen, de una economía moral alternativa frente al fetichismo del crecimiento económico y la economía política del capital.

No va a ser fácil, por tanto, para los *think tank* neoliberales repetir la historia de 2008 buscando culpabilizar de-

magóticamente a los y las de abajo por haber “vivido por encima de nuestras posibilidades” y convertir en su versión ordoliberal al Estado en salvador de las grandes corporaciones. El marco *mainstream* ya empieza a ser otro y con él emerge la sensación colectiva de que esta crisis lo cambia todo o, al menos, debería cambiarlo.

Empezando por la socialización de los sectores estratégicos de la economía, de la producción y reproducción de la vida y, por tanto, apuntando hacia una respuesta a la crisis que, frente al *keynesianismo perverso* que anuncian los Estados en beneficio del 1%, ponga por delante la necesidad de una redistribución radical de la riqueza de arriba abajo y Planes de Choque Social similares a los que están proponiendo más de 200 colectivos sociales en el caso español.

Habrá que poner todo el esfuerzo en impedir la vuelta a la *normalidad* anterior a esta crisis, exigiendo una ruptura radical con el ya viejo sentido común y forzando el desmantelamiento del conjunto de las políticas que han predominado durante la larga onda neoliberal. No se trata, por ejemplo, de que se suspendan temporalmente la Ley de Estabilidad Presupuestaria o el artículo 135 de la Constitución española, sino de derogarlas, como ya han propuesto algunas fuerzas de izquierda en el reciente debate en el parlamento español.

Porque ahora sí parece evidente que el tiempo del *reformismo sin reformas* que ha representado el social-liberalismo ha terminado. Discursos como el de Pablo Casado están mostrando ya el temor de las derechas a que después de esta crisis se vean cuestionados todos los recortes y privilegios realizados en nombre de la preservación de la sagrada propiedad privada; y no habrá

que dejarse amedrentar, sino todo lo contrario. Porque vamos a asistir a una mayor polarización de intereses, valores y razones en conflicto, y no valdrán ya las medias tintas. Habrá que proponer medidas que, de una vez por todas, conduzcan a una transición radical hacia una ruptura civilizatoria, reformas que cuestionen la lógica de este capitalismo cada vez más destructivo en el que estamos inmersos y no sirvan simplemente para un lavado de cara de este sistema.

Seguridad(es) humana(s) vs. Neoliberalismo de excepción

Existe, en cambio, otro campo de lucha más complejo y difícil de afrontar pedagógicamente a raíz de las medidas adoptadas por los gobiernos en la lucha contra la pandemia. Es el que tiene que ver con la suspensión de derechos fundamentales, derivada de la aplicación del estado de alarma o de alerta según los países. Porque, si bien está justificada la adopción de medidas de confinamiento y otras dirigidas al objetivo de frenar el contagio (aunque algunas de ellas sean consecuencia de la ausencia de una política preventiva que debía haber tenido en cuenta las alertas procedentes de al menos una parte de la comunidad científica), no lo son el recurso a un discurso belicista, con el protagonismo de altos mandos militares en ruedas de prensa y su apelación a la ciudadanía a convertirse en *soldados*, ni el protagonismo del ejército en tareas asistenciales que podrían haber sido asumidas por servicios de protección civil si se les hubiera preparado para ello con antelación, como ar-

gumenta Pere Ortega en [El coronavirus y las fuerzas armadas](#).

Detrás de esa opción autoritaria está la falsa concepción de la lucha contra la pandemia como una guerra y, con ella, la intención de ir restringiendo sin proporcionalidad alguna nuestras libertades y derechos en nombre de una “unidad patriótica” (con el corrupto Felipe VI al frente) que pretende ignorar que la pandemia sí entiende de clases sociales, de géneros, de color de piel, de edades, de diversidad funcional, de territorios y de otras desigualdades. Un discurso que está sirviendo de coartada para exigir un cierre de filas total y, en particular, la exhibición y el abuso de la fuerza por miembros de las fuerzas policiales y militares en las calles e incluso, lo que es peor, el fomento de un populismo punitivo contra personas y grupos sociales vulnerables, como ya se ha denunciado desde colectivos jurídicos.

Nos enfrentamos, por tanto, a la amenaza real de un nuevo salto adelante en el proceso de desdemocratización que ya sufríamos antes de este estado de alarma y por eso es muy necesario fomentar desde ahora lo que Jordi Muñoz ha definido, en [Tres preguntas para después de la pandemia](#), como una “cultura democrática de excepción” que permita contrarrestar una cultura de súbditos obedientes a un Estado autoritario y recentralizador que aspira a salir más reforzado después de esta crisis.

En resumen, en este estado de alarma debemos *vigilar a quienes nos vigilan* si queremos evitar que la excepción se convierta en norma y también aquí se extienda la tendencia al Panóptico digital en marcha. Un peligro nada irreal sino cada vez más cercano, como estamos

viendo bajo sus formas extremas en países como China, la gran potencia que, por cierto, puede salir ganadora a corto plazo de esta crisis dentro del juego geopolítico global. Emerge un nuevo paradigma de control social de la disidencia, como denuncia el colectivo Chung, ya que “a medida que la crisis secular del capitalismo adquiera un carácter aparentemente no económico, nuevas epidemias, hambrunas, inundaciones y otros desastres *naturales* se utilizarán para justificar la ampliación del control estatal, y a respuesta a esas crisis funcionarán cada vez más como una oportunidad para ejercer nuevas herramientas no probadas para la contrainsurgencia”.

Todo esto en nombre de un concepto estrecho de seguridad, asimilado a la preservación del orden público en un mundo orwelliano y en la nueva *economía de guerra* capitalista que se nos quiere vender. Frente al mismo habrá que propugnar un concepto complejo y multidimensional de *seguridades humanas* (que habría que hacer extensivas a otros seres sintientes y sufrientes), como ya reivindicaba, entre otras voces premonitorias, Elmar Altvater, defensor, por cierto, de un horizonte cada vez más necesario de comunismo solar.



El coronavirus y la **lucha** global **anticapitalista**

KINTTO LUCAS

Escritor y periodista
uruguayo-ecuatoriano

[28 marzo, 2020 Cronicon](#)

LN MEDIO de la guerra global que vivimos, el coronavirus se está transformando en un ensayo de control social hacia un futuro de incertidumbre y crisis político-económica del capitalismo dominante y periférico.

Ya no hay duda que del mundo unipolar con una potencia hegemónica pasamos a un mundo multipolar con hegemonías compartidas.

Ahora estamos en la fase de génesis de un nuevo orden mundial con bloques muy claros que se perciben y se van configurando en medio de la pandemia. Un nuevo orden mundial no quiere decir desaparición del capitalismo. Pero sí supone un re-acomodamiento global con una severa crisis político económica.

Hay que ver si los sectores sociales, la izquierda anticapitalista y los pueblos, están a la altura para aprovechar el momento y generar herramientas que encaminen el rumbo caótico actual hacia la construcción de otro sistema, dejando a un lado el miedo provocado por el coronavirus y el control social que se trate de instalar después.

Para enfrentar el futuro partiendo de la pandemia, hay dos modelos. Uno es ese control de la sociedad mediante el estado semipolicial que quiere instaurarse con distintas características a nivel global.

Otro modelo parte de construir una nueva organización colectiva de la sociedad. Construir un nuevo acuerdo de los pueblos a nivel del mundo, región y países, por fuera de las estructuras institucionales. Que el combate a la pandemia sirva para organizarse en el combate a la desigualdad, en la lucha por los derechos sociales, culturales, económicos, políticos, la soberanía alimentaria, la salud... En fin, sobre todo, en la lucha global contra el capitalismo.

En el momento de crisis sistémica que vivimos y que se consolidará luego de la pandemia se debe construir una gran organización de diversidades, integrada por organizaciones, colectivos autónomos, ciudadanos, estructuras políticas, sociales, nacionalidades... que, sin perder su autonomía, logren coordinar algunas propuestas y acciones contundentes que incidan en el cambio de rumbo global, en medio de ese capitalismo en quiebra.

Es la oportunidad de que los pueblos, con su diversidad, puedan incidir en este momento de génesis de un nuevo orden mundial. Es la oportunidad de empezar a influir en la nueva configuración del mundo. Si eso no ocurre, el nuevo orden se impondrá desde las superestructuras políticas y económicas con todo lo que eso significa.

Lamentablemente no hubo la capacidad de consolidar una integración que incidiera en la nueva superestructura del mundo. Si bien Fidel Castro, Hugo Chávez y algunos otros líderes latinoamericanos pensaron en el significado estratégico de la integración, faltó pensar estra-

tégicamente en colectivo. Faltó generar una integración que incidiera en una nueva construcción simbólica decolonial de América Latina, consolidándose con fuerza para actuar en la creación de ese nuevo orden.

Será imposible incidir en la gestación del nuevo orden manteniendo miradas y esquemas del pasado, con oportunismos individuales, organizaciones anquilosadas, pensamientos burocráticos y acomodados. Para incidir en la gestación de ese nuevo orden es fundamental la unidad global, pero respetando diversidades y autonomías.

Para incidir en la gestación de ese nuevo orden, hay que tener en cuenta la diversidad de luchas, que pasan por la lucha de clases, de género, por derechos, las luchas de las nacionalidades, la lucha de bloques... En fin, todas las luchas.

Es fundamental generar una lucha global anticapitalista con tres o cuatro grandes propuestas y acciones comunes, y la solidaridad con todas la luchas en cada país y región sin entrar en contradicciones estériles. Tal vez en un año, el mundo tome un camino bastante diferente y es necesario que los pueblos se apropien del cambio. Sólo así, los pueblos podrán salir victoriosos de esta pandemia.

[@KinttoLucas](#)

La pandemia acelera el **cambio de época** y el fin de la era de globalización neoliberal

CARLOS ENRIQUE BAYO

Periodista español.

Ex-director del diario Público

<https://www.publico.es/>

SECUelas económicas del coronavirus: el rescate masivo de empresas, la estatalización de la economía para hacer frente a los gastos y pérdidas causados por el coronavirus, y el cierre de mercados y de fronteras en la mayor parte de países, anticipan “el fin de la forma de globalización recetada por el dogma neoliberal, que dejó a los individuos y a sociedades enteras incapaces de controlar gran parte de su propio destino”, según la describe Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía.

“Durante los últimos 40 años, las élites de países ricos y pobres prometieron que las políticas neoliberales conducirían a un crecimiento acelerado y que los beneficios se filtrarían hacia abajo para que todos pudieran prosperar”.

Así empieza el esclarecedor artículo que Joseph Stiglitz publicó el pasado 26 de noviembre en Social Europe, titulado: El fin del neoliberalismo y el renacimiento de la Historia.

Lo del “renacimiento de la Historia” se explica de inmediato:

“Al final de la Guerra Fría, el politólogo Francis Fukuyama escribió el celebrado ensayo El fin de la historia. El colapso del comunismo, aducía, levantaría el último obstáculo que separaba al mundo entero de su destino de democracia liberal y de economías de mercado. Muchos estuvieron de acuerdo”.

“Hoy, cuando afrontamos la retirada del orden global liberal, basado en normas, con gobernantes autocráticos y demagogos dirigiendo países que contienen a bastante más de la mitad de la población mundial, la idea de Fukuyama parece pintoresca e ingenua. Pero reforzó la doctrina económica neoliberal que ha prevalecido durante los últimos 40 años”.

“La credibilidad de la fe del neoliberalismo en los mercados sin restricciones como vía más segura hacia la prosperidad común está actualmente en cuidados intensivos. Y así debe ser. El declive simultáneo de confianza en el neoliberalismo y en la democracia no es una coincidencia ni una mera correlación. El neoliberalismo ha estado socavando la democracia desde hace 40 años”.

Todo indica que con el coronavirus se está precipitando el principio del fin de esa larga era en la que “la forma de globalización recetada por el dogma neoliberal dejó a los individuos y a sociedades enteras incapaces de controlar gran parte de su propio destino”.

El augurio de Stiglitz estaba ya entonces más que fundamentado –sobre todo, ante el proteccionismo a ultranza que imprime el presidente de EEUU, Donald Trump, a la gran superpotencia económica mundial–,

pero tras el estallido de la pandemia planetaria del Covid-19 se refuerzan las señales de que esa globalización neoliberal toca a su fin, en un nuevo mundo de ciudadanos confinados, fronteras cerradas e insolidaridad comercial.

La ausencia de virtudes solidarias de esa doctrina neoliberal quedó evidenciada hace sólo unos días, cuando los gobiernos de Alemania y de Francia prohibieron la exportación de mascarillas y otros elementos básicos de protección sanitaria a Italia, en el momento en que ese país estaba desbordado por cientos de muertes y miles de contagiados diarios. La respuesta inicial de la Unión Europea fue a todas luces tardía e insuficiente, pero incluso ahora –cuando la mortífera amenaza se ha extendido sin remedio a todos los países miembros– se ve constreñida y entorpecida por el corsé que esa doctrina neoliberal impuso a todos los gobiernos para cumplir el dogma del déficit mínimo.

Alemania sigue imponiendo un dogma que sabe que es falso

Un dogma que Alemania sigue imponiendo a sus socios comunitarios, exigiéndoles condiciones draconianas para cualquier endeudamiento público, a pesar de que fue desmontado en 2013 por un estudiante de doctorado de la Universidad de Massachusetts Amherst, Thomas Herndon, al repasar las hojas de cálculo que emplearon los gurús de la austeridad, Carmen Reinhart y Ken Rogoff –este último, execonomista-jefe del Fondo Monetario Internacional–, para su investigación titulada El crecimiento en épocas de deuda.

Presentado en 2010 ante la conferencia anual de la Asociación Económica Estadounidense, ese ensayo académ-

mico establecía que cuando la deuda de un país supera el 90% del Producto Interior Bruto (PIB), el crecimiento de la economía es inviable. Tesis desmentida en la práctica por la realidad de la deuda pública de EEUU –que en noviembre pasado alcanzó el récord histórico de 23 billones de dólares (un 110% del PIB)– pero en la que las autoridades económicas a ambos lados del Atlántico se han apoyado durante una década para imponer la austeridad fiscal y el recorte drástico, incluso dañino y paralizante, del gasto público.

Y lo han seguido haciendo estos últimos siete años, a sabiendas de que los cálculos de esa teoría estaban matemáticamente errados y que no se trataba en absoluto de un principio económico fundamental, sino de una tesis dogmática neoliberal que ha permitido a los países del norte de Europa –sobre todo, Alemania– “disimular que todo el entramado del euro está pensado y diseñado para que esos países absorban la mayor parte del valor y los beneficios que generamos los demás”, como sentencia Juan Torres López, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Sevilla.

Ahora, con el coronavirus, toda esa construcción ficticia de la supuesta prosperidad global que nos tenía que traer la globalización neoliberal se ha desmoronado y “hasta el presidente francés Macron mencionó en su discurso sobre la pandemia que uno de los mayores problemas que heredamos de la globalización es que nos ha obligado a mantener una enorme dependencia en el suministro de bienes y servicios básicos”, explica a este diario el profesor Torres.

“Hasta tal punto ha llegado esa dependencia exterior”, continúa Torres, que EEUU compra a Chi-

na el 80% de las medicinas que consume... lo reconocen las propias autoridades norteamericanas. Una situación en la que cualquier país está vendido y que puede llevar al colapso, porque si sucede cualquier cosa con el suministrador, ese país se queda colgado”.

“Eso nos obliga a reindustrializar y a rediseñar el aparato productivo de cada país, porque no es lo mismo poder confiar en que vas a recibir los suministros de fuera que tener que producirlos uno mismo. Así que el coronavirus está actuando como catalizador de los cambios que ya estaban en marcha. Immanuel Wallerstein ya advirtió de este tipo de fenómenos y avisó que podía desembocar en un caos generalizado. Porque gobernar la desglobalización es un problemón y esto puede dar lugar a peligrosos conflictos internacionales”, advierte el catedrático.

“El problema es que nos va a pillar con una deuda astronómica, porque parece que lo único que saben hacer es darles más negocio a los bancos. En estos diez últimos años de salida de la crisis la deuda mundial ha aumentado en 70 billones de euros. Si eso ocurre en etapa de crecimiento, cuando salgamos de esto la deuda acumulada será inasumible, porque los 2,2 billones que ha anunciado EEUU son deuda, las inyecciones de cientos de miles de millones de la UE son también deuda... Y lo que no se puede es seguir pagando intereses sobre nuevos créditos”, subraya Torres.

“Pero la cosa va a ponerse complicada porque los alemanes no están por la labor”, concluye el pro-

fesor de Economía Aplicada, recordando que el Gobierno de Alemania se ha negado a permitir la emisión de eurobonos para asumir solidariamente los inmensos gastos y pérdidas por la pandemia, algo que había sugerido The Wall Street Journal. “Recurrir, en una catástrofe de esta magnitud, al Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) es mezquino, ya que convierte a los países que lo reciben en rescatados, como si hubieran fracasado por mala gestión económica, renunciando a los principios de cooperación y de solidaridad, y ni siquiera puede proporcionar toda la financiación necesaria”.

“La pandemia acelera el cambio hacia un nuevo orden global”

“Sí, sí, creo que la pandemia está acelerando de una forma tremenda el cambio de época”, responde el economista y eurodiputado español Ernest Urtasun a Público.es. “Sólo hay que ver a los chinos llevando la voz cantante mundial, a los estadounidenses totalmente fuera de combate y en retirada, a los europeos prácticamente incapaces de dar una respuesta... Sin duda, los cambios que veíamos venir se han acelerado muchísimo y entramos en un orden global completamente nuevo, que ya estaba en construcción con el auge de China, la elección de Trump, que creo que va a salir lamentablemente reelegido... y con el coronavirus esos cambios han tomado una aceleración brutal”.

“Vamos a salir de esta pandemia con una economía súper-estatalizada, porque el BCE va a termi-

nar comprando aún más bonos públicos y privados de los que ya tenía, y además vamos hacia un rescate masivo de empresas. Muchas terminarán en manos del Estado, porque una cosa es dar cobertura a los créditos que dé la banca para que no quiebren y otra es lo que ya se está hablando de que Alitalia y Air France pueden terminar nacionalizadas, porque será la única manera de mantenerlas a flote”.

“Así que, con todo ello, vamos a terminar con una economía super-estatalizada y con una intervención de lo público muy potente. Pero sobre todo se está hundiendo también culturalmente el mantra neoliberal. Aparte de que factualmente vamos hacia una economía mucho más intervenida por lo público, culturalmente el discurso neoliberal se está desmoronando”, concluye el economista y eurodiputado. “Todo el mundo habla ahora de los recortes que hicieron en Sanidad, que esta forma de gestión económica no es viable... Existe ahora una corriente de impugnación cultural del neoliberalismo que está calando mucho en la gente”.

Y esto es así porque, como constata el premio Nobel Stiglitz, con la globalización neoliberal,

“los efectos de la liberalización de los mercados de capitales fueron especialmente odiosos: si un candidato presidencial iba en cabeza en una nación emergente y perdía el favor de Wall Street, los bancos retiraban el dinero de ese país. Los votantes tenían entonces una elección difícil: rendirse a Wall Street o hacer frente a una grave crisis financiera. Era como si Wall Street tuviera más

poder político que los ciudadanos de cualquier país”.

“Incluso en los países ricos, a los ciudadanos corrientes se les decía: ‘No podéis poner en práctica la política que queráis –sea una protección social adecuada, salarios dignos, fiscalidad equitativa o un sistema financiero bien regulado– porque el país perderá competitividad, el empleo desaparecerá y sufriréis”, prosigue Stiglitz en su síntesis del fracaso neoliberal.

“Tanto en los países pobres como en los ricos, las élites prometían que las políticas neoliberales proporcionarían un mayor crecimiento económico, y que sus beneficios gotearían hacia abajo para que todos, incluso los más pobres, mejorasen su situación. Para lograrlo, sin embargo, los trabajadores tendrían que aceptar salarios más bajos y todos los ciudadanos deberían asumir recortes en importantes programas gubernamentales”.

“Las élites proclamaban que sus promesas estaban basadas en modelos económicos científicos y en “investigación empírica”. Pues bien, después de 40 años, ya tenemos los números: el crecimiento se ha frenado y los frutos del crecimiento cayeron abrumadoramente en manos de los muy pocos que están arriba de todo. Mientras los salarios se estancaban y las bolsas se disparaban, los ingresos y la riqueza fluyeron hacia arriba, en vez de gotear hacia abajo”.

“Los ciudadanos tienen razón al sentirse estafados”, asevera el premio Nobel de Economía y director del Ins-

tituto Brooks para la Pobreza Mundial, de la Universidad de Manchester.

Y, frente a esta terrible pandemia, las consecuencias de estos 40 años de estafa económica mundial son devastadoras: hace sólo una semana el ex ministro de Finanzas de Grecia, Yanis Varoufakis, actualmente profesor de Teoría Económica en la Universidad de Texas en Austin, avisaba: “Europa no está preparada para la recesión Covid-19”:

“Los ministros de finanzas de países con problemas económicos más profundos que los de Alemania (por ejemplo, Italia y Grecia) intentarán sin duda impulsar la necesaria expansión fiscal. Pero chocarán contra el muro de oposición del ministro de Finanzas alemán y sus fieles partidarios dentro del Eurogrupo (...) que tampoco logrará montar una defensa fiscal eficaz contra el shock inducido por la pandemia” [y] “cualquier ministro de finanzas de un país en dificultades que se atreva a oponerse a la línea de Berlín, o a proponer soluciones que beneficien a la mayoría de los europeos en lugar de beneficiar al sector financiero, se las verá muy negras”.

“Tenemos el deber de informar a los ciudadanos sobre cómo, incluso en nuestras democracias liberales, son funcionarios que detestan la democracia, mientras fingen defenderla, los que toman cotidianamente las decisiones en nombre de dichos ciudadanos, pero en contra de sus intereses y sin su conocimiento”.

“Si fracasamos, las decisiones de la UE sobre política fiscal, inversión ecológica, salud, educación y política migratoria serán, especialmente durante esta pandemia, tan ineficaces como las que magnificaron la crisis del euro hace diez años. En ese caso, sólo se beneficiarán los Trump o Putin, y los propios Orbáns, Salvini y Le Pens de Europa, quienes quieren desintegrar nuestras instituciones comunes desde dentro”.



Corona-virus: ¿el fin del neoliberalismo o algo más?

Andrés Piqueras
Sociólogo profesor de
la Universidad Jaume I

Fuente: [Observatorio de la Crisis](#)

EFFECTIVAMENTE, estamos en una encrucijada histórica. Ya nada volverá a ser lo mismo. Esta crisis del capitalismo mundial, manifestada en forma de pandemia vírica, cambiará el curso del sistema y dejará una honda huella en las generaciones que la están viendo. El impacto social será profundo y duradero.

Difíciles de prever todos los cambios que nos depara el futuro. Pero en el punto en que estamos es necesario hacer ya algunos análisis de primer momento y algunas previsiones mínimas.

1. El desastre que atravesamos no tiene sus orígenes hace un mes, ni incluso, en el Reino de España, con los recortes del PP, sino que arranca 40 años atrás, cuando unos gobiernos tras otros, en la fase “neoliberal” del capitalismo, fueron descuartizando la sanidad pública, acometiendo procesos de desindustrialización, entregando la soberanía alimentaria, y luego la monetaria y la fiscal. Confiando la economía a que otros tuvieran dinero para divertirse (turismo), abandonaron el capital productivo (ni mascarillas somos capaces de fabricar) para entregarse alegremente a la especulación bursátil (mien-

tras las poblaciones se arruinaban, las Bolsas se hinchan).

Se destruyó la protección civil social, dejándola en manos exclusiva del Ejército (UME -¿para que éste pudiera adquirir alguna legitimidad social?-). Se eliminaron las cadenas de suministros de proximidad. También estamos empezando a descubrir cómo se ha “aparcado” a la población mayor en residencias-basura, sin condiciones higiénicas (muchas en manos de Florentino Pérez, sin las más mínimas garantías de cuidado, sin personal, con ancianos desnutridos...).

2. La espantosa ineficiencia con la que los gobiernos capitalistas están afrontando esta crisis, ha seguido más o menos los mismos pasos en todo el mundo: primero minimización del peligro (seguir con la vida normal y no preparar y dotar los sistemas de salud); segundo, cuando el virus ya ha hecho su aparición, negarse a parar las actividades económicas (incluidas las deportivas, culturales y recreativas, y también las concentraciones y manifestaciones políticas –Francia hasta celebró elecciones-); tercero, no “cerrar” los focos principales de infección (Milán y el conjunto de Lombardía-Véneto en Italia, Madrid y Euskadi-Rioja en el caso español, por ejemplo).

A USA le pasa lo mismo con New York); cuarto, hacer suspensiones parciales de las actividades económicas: durante días de plena infección, la fuerza de trabajo ha continuado desplazándose apiñada en metros, trenes y autobuses, además de trabajar sin medidas de protección; por último, llega el desbordamiento final, con unos sistemas de salud que tienen carencia de todo. Prueba evidente de la falta de autonomía industrial que la mayoría de países tienen. También es una muestra de

que se han intentado salvaguardar los intereses empresariales hasta el último momento, por encima de la prevención y protección pública. Esto vale también, por supuesto, para los organismos supraestatales, como el FMI y la propia OMS.

En cuanto a la UE, ¿qué decir? su falta absoluta de dirección y de cohesión en esta crisis hace que sea posible que nos encontremos en el principio del fin de esa quimera política, que siempre fue un mercado planificado para beneficio de las elites transnacionales-financieras del capital. Todavía hoy se resiste a emitir una suficiente cantidad de “corona-bonos” para mitigar el impacto económico-social en los distintos Estados (la misma institución que se inventa decenas de miles de millones de euros cada mes para dárselos a las entidades financieras).

Sólo cuando ya la catástrofe está encima es que algunos (sólo algunos) gobiernos capitalistas están empezando a redescubrir los beneficios de la estatalización de ciertas actividades económicas que se fueron privatizando y que ahora vuelven (¿pasajeramente?) a convertirse en “servicios públicos” (como ocurrió tras la segunda guerra mundial, por ejemplo).

Alemania se ha desecho ya de los límites de deuda pública (es lo que tiene ser un Estado mínimamente soberano –el Reino de España, en cambio, sólo puede tomar las medidas macroeconómicas que le permitan las instituciones supraestatales, EE.UU. o Alemania-). Quizás poco a poco los gobiernos del capital descubran de nuevo a la fuerza que, al menos por ahora, el tándem privatización de beneficios – socialización de pérdidas debe de ser invertido.

3. Todo esto pasará una alta factura a la legitimidad política de los distintos gobiernos del capital. Lo más probable es que el corona-virus se lleve por medio muchos gabinetes de todo tipo y color (pudiera ser que incluso instituciones de peso como la monarquía española, absolutamente incapaz de hacer nada que no sea seguir proporcionando escándalos; y ya veremos qué pasa con el propio Estado).

También hará trizas bastantes de las expectativas que habían albergado las izquierdas integradas al orden del capital y a sus instituciones (así como las ilusiones que habían despertado en ciertos sectores de la población).

Mientras, los países asiáticos en vías de construcción del socialismo están dando otra lección histórica [no estoy tan seguro de que las medidas en Cuba hayan sido tan rápidas y contundentes, pero al menos allí se cuenta con un sistema de salud preventivo y de investigación puntera, que ya ha mostrado su capacidad no sólo de proteger a su población sino también de ayudar a otros países en repetidas ocasiones, y en ésta, como vemos, también.

En cuanto a Rusia, puede permitirse todavía niveles de eficacia sanitaria gracias a la herencia de la URSS, (aunque ya bastante menguada por el paso de la “doctrina del shock” neoliberal por el país, y sólo parcialmente recuperada con Putin)].

Por contra, EE.UU., seguido demasiado a menudo por la UE y sus políticas infames, en plena pandemia mundial continúa bloqueando la dotación sanitaria en general y de medicamentos antivíricos y tests a países tan golpeados como Irán, pero también Venezuela y Cuba, por no citar a la propia Rusia. Aunque nuestros medios hacen

todo lo posible por ocultarlo, no creo que a muchas sociedades, en adelante, les pase esto desapercibido.

4. Sí, estamos en una encrucijada sin precedentes en “tiempos de paz” y sin que sea consecuencia de algún proceso revolucionario en curso. Habrá un antes y un después de esta crisis. El capitalismo que salga de ella ya no será el mismo. Habrá una profunda reestructuración del poder entre las elites del capital. Su globalización implosiona y lo que quede de ella será en adelante liderada probablemente por China (si es que USA no se decanta por la salida bélica) pero, en cualquier caso, de una forma más “multipolar”. Sea como sea, el “neoliberalismo” ha llegado a su fin (hasta los fanáticos de las privatizaciones han redescubierto el gasto público).

El corona-virus le ha proporcionado al capital un tratamiento de choque a la altura de una conflagración bélica de considerables dimensiones. Obviamente, hay fracciones del capital que ya tienen preparado el futuro, con unas nuevas tecnologías y formas de producción que no auguran nada bueno para la fuerza de trabajo mundial. De las luchas de las poblaciones dependerá que tal futuro no se realice, y que esta encrucijada sirva para cambiar el curso de la historia. Pero para ello se necesitan organizaciones sociales, políticas, sindicales, que estén a la altura de los tiempos y que sean capaces de encauzar la rabia e indignación que esta pandemia está ocasionando en las poblaciones el mundo.

5. Hoy apenas tenemos esas fuerzas. Décadas de integración en el orden del capital por parte de nuestras izquierdas, y de asumir que capitalismo conlleva demo-

cracia, crecimiento y bienestar, han llevado a una gran orfandad de organizaciones de masas altersistémicas, integrales. Eso quiere decir que la coyuntura tiene hoy por hoy más posibilidades de ser aprovechada por las versiones más reaccionarias y despóticas del capital, que sí están organizadas y dotadas de medios, y que manejan a la perfección clichés aberrantes y maniqueos, pero simples y fáciles de entender por poblaciones amedrentadas, con altas dosis de ansiedad y casi en estado de neurosis.

6. En el caso del Reino de España partimos de una desventaja mayor, y es que “nuestras izquierdas” más masivas, o las que hacen de tales, incluida la izquierda clásica “comunista” y parte de la que se decía “anticapitalista”, ESTÁN INCLUIDAS en el gobierno. Es decir, no tenemos una izquierda organizada más o menos de masas, para hacer oposición a un gobierno que ha demostrado la misma incapacidad para afrontar la crisis que cualquier otro gobierno capitalista y que da muestras de querer proteger sobre todo los intereses del capital a la salida de la crisis.

Veamos sólo algunos detalles. La mayor parte de los 200.000 millones de euros de las medidas que el gobierno decreta como “escudo económico y social” están destinadas a las empresas. Sólo 300 de esos millones son previstos para los servicios sociales, mientras que se dedican 100.000 millones a constituir un aval que permita a la Banca gestionar créditos para las empresas. Importe que se podrá ampliar en otros 87.000 millones de euros por parte de los propios Bancos (ya sabemos para quiénes serán los beneficios de todo ello). Se niega la

prestación de desempleo indefinida para todas las personas que queden en paro a consecuencia de esta crisis.

El conjunto de medidas de ayuda para la población trabajadora por cuenta ajena y autónoma, no tienen más vigencia que el final del mes en que acabe el Estado de Alerta (ridículo). Ni se intervienen clínicas privadas ni se nacionalizan corporaciones farmacéuticas, ni se incautan los beneficios de la Bolsa (ni, en general, de las principales empresas y fortunas, incluyendo la de la casa real) para financiar medidas sociales y laborales de urgencia.

Ante el acelerado incremento del gasto social y la inevitable bajada en la recaudación de impuestos, sería imprescindible una extracción de recursos de la clase capitalista y aristocracias del dinero, a la vez que la condonación de deudas de pequeños negocios y empresas, así como la quita de deudas estatales con los mercados financieros (satisfacer deudas públicas en estos momentos es un crimen social).

Nada indica que se vaya por ese camino.

Esto quiere decir que a la catástrofe social se le unirá a buen seguro una debacle económica, con seria contracción, lo que será una tragedia sin paliativos para millones de familias. La implicación directa más probable, de no cambiarse las medidas hacia un giro realmente social, será que la legitimidad de “la izquierda” se irá al garete (en general; aquí da igual que se forme parte del gobierno que no, a falta de una actuación social contundente por fuerzas de izquierda integral, la población identificará lo que pasa con “la izquierda” en general, y la derecha del capital sabrá aprovechar bien el momento en ese sentido).

Por tanto:

7. No queda otra que las fuerzas sociales, sindicales y políticas alternativas, no integradas en la versión socialdemócrata o reformista del capitalismo, entablen una alianza estructural, no coyuntural. Todos y cada uno de nosotros/nosotras hemos de trabajar para ello.

Cabe esperar, además, que con la degeneración de las condiciones de vida de la población en general, y el consiguiente deterioro del gobierno, a ciertos sectores de PCE y puede que de IU, les llegue de nuevo cierta “luz” socialista y la decencia política suficiente como para sumarse en algún momento a esas alianzas. Es más, hemos de hacer lo posible por ello.

8. Las claves que desde esos primeros núcleos pueden llevar a alianzas más amplias, en un segundo pero también urgente momento, deben ser concisas, claras y al tiempo contundentes: 1. Potenciación de lo público. 2. República. 3. Proceso constituyente (incluye forma de Estado).

Por ese orden, paso a paso, sin pasar al siguiente sin haber conseguido antes articular fuerzas en torno al anterior.

Hay que ponerse a la tarea ya mismo. La lucha comienza desde ahora, en nuestros encierros. Para hacer de ellos también un arma política.



Después de la guerra

MANUEL CASTELLS

Sociólogo, economista
y profesor universitario

[Cronicón 28 marzo, 2020](#)

ODAS las guerras acaban. Incluso cuando son contra un enemigo invisible que amenaza a los humanos como especie. La cuestión es cómo, cuándo, con qué sufrimiento y cuáles serán sus consecuencias.

Es difícil pensar en el día después cuando estamos sumidos en la angustia, confinados, enmascarados, sintiendo enfermedad y muerte alrededor. Y sin embargo, sabemos que en algún momento habrá un brote de alegría, de volver a sentir el placer del paseo, del juego, del abrazo, de la vida en las calles, en los parques, en las playas, en los bosques y en restaurantes a rebosar de fiesta. La vida, ahora en suspenso, retornará. Con el añadido de una nueva filosofía espontánea del placer infinito de las pequeñas cosas. Sentir la belleza de la vida sin más, apreciar el simple hecho de ser y de estar, de amar y ser amados, con un sentimiento nuevo de solidaridad como si siempre estuviéramos aplaudiendo a las ocho. Volverá la luz. Con sus tonos rosados de amanecer y rojizos de atardecer, con un aire fresco renovado porque dejamos de contaminar por un tiempo.

Podemos ir a una crisis económico-social o a una nueva cultura del ser, que es necesaria para sobrevivir

Nada volverá a ser como antes. Nosotros, todos, saldremos transformados de esta experiencia. Pero ¿habremos aprendido algo sobre nuestro modo de vivir, de producir, de consumir, de gestionar? ¿Sabremos interpretar esta brutal advertencia para prevenir otras pandemias, claramente posibles por nuestra interconexión global? ¿Y la catástrofe ecológica predicha por los científicos y cuyos signos se multiplican mientras los congresos se divierten? ¿Podemos rectificar colectivamente e institucionalmente la dinámica de autodestrucción en la que nos hemos metido? Nunca hemos tenido tanto conocimiento y nunca hemos sido tan irresponsables con su uso. Tal vez la posguerra sea el punto de inflexión que estábamos esperando.

Pero la posguerra será dura, todas lo son. Pasado el momento de euforia de disfrutar de las risas y juegos de nuestros niños en libertad habrá que enfrentar la realidad de una crisis económica y financiera que podría ser tan grave como la del 2008, con un aparato productivo dañado, un sistema sanitario exhausto, una cooperación europea en entredicho, una economía global desglobalizada de forma caótica, un resurgimiento del nacionalismo primitivo del cierre de fronteras contra el mal que viene de fuera, una proliferación de bulos dañinos, difundidos por poderes fácticos o mentes calenturientas, un orden geopolítico trastocado por la superioridad china en la respuesta a la crisis, mientras que la errática política de otros países habrá mostrado los destrozos de la ideología neoliberal en la vida de la gente.

Esa posguerra hay que prepararla desde ahora, porque la forma en que gestionemos la crisis, con prioridad absoluta a la salud de la población, hará más o menos difícil la reconstrucción. A una economía de guerra tendrá que sucederle una economía de posguerra, en la que el gasto público sea el motor de la recuperación, como lo ha sido en todas las posguerras. Pero que sólo se consolidará si se genera empleo y si la gente se siente segura y recupera su vida cotidiana.

La financiación de esa política expansiva, más allá del obligado endeudamiento, requerirá imaginación para crear una nueva arquitectura financiera y capacidad de gestión para operar una economía distinta, que no caiga en la trampa secular de una austeridad de servicios esenciales. Porque el Estado de bienestar es la fuente de productividad que es la fuente de riqueza. Pero también sería el momento de ensayar modelos no consumistas que conduzcan a la transición ecológica y cultural que tanto se proclama pero que se practica aún tímidamente. ¿Puede reactivarse la economía disminuyendo el consumo superfluo? Sólo si hay un cambio en los patrones de gasto, que faciliten la inversión, mantengan empleo e incrementen productividad.

Los servicios básicos (lo que se recortó en las políticas de austeridad destructivas) deberían ser no sólo el motor de la inversión sino también de la demanda. Y no habrá otra forma de financiarlo a largo plazo que mediante un aumento de la carga fiscal a grandes bolsas de acumulación de capital que hoy día tributan poco o nada. Reinventar la fiscalidad quiere decir superar el enfoque de gravar sobre todo a las personas o a las empresas para centrarse en una regulación impositiva del mercado global de capitales que hoy día ha perdido gran parte de su

función productiva para incrementar sus ganancias mediante creación de valor virtual y crecientemente inestable. Una fiscalidad inteligente adaptada a nuestro tiempo podría a la vez generar recursos para gasto público de manera no inflacionista y regular los flujos globales de capital. Entre la desglobalización aventurada y la globalización descontrolada de capital hay margen para iniciativas coordinadas de los estados que asuman un control estratégico de la economía en un marco al menos europeo.

Esa economía debería, además de ser sostenible, incluir un Estado de bienestar desburocratizado y preparado para los choques venideros. Choques que serán tanto menos dañinos cuanto que vayamos encontrando un equilibrio entre producir, vivir y convivir. Convivir entre nosotros y con este maravilloso planeta azul que seguimos maltratando. Después de la guerra podemos desembocar en una espantosa crisis económico-social o en una nueva cultura del ser, sin la cual no sobreviviremos mucho tiempo.

<https://www.lavanguardia.com/>

Coronavirus: Tres preguntas para después de la pandemia

Jordi Muñoz

Profesor de Ciencia Política
en la Universidad de Barcelona

https://www.ara.cat/opinio/Tres-preguntes-despres-pandemia-coronavirus-covid-19-article-jordi-munoz_0_2421957790.html

22/03/2020

EN ESTOS MOMENTOS seguramente solo podemos intuir la magnitud del choque. Sabemos que será una sacudida importante, pero poca cosa más. No tenemos certezas sobre las consecuencias económicas, sociales y políticas de la pandemia. Por eso son días de hacerse preguntas, más que de improvisar respuestas. Y de desconfiar de quienes vienen con falsa seguridad. Pero acertar en las preguntas es fundamental. Porque puede contribuir a orientar la reflexión colectiva y el debate, de forma que nos podamos vacunar, no del coronavirus sino de las consecuencias sociopolíticas más perversas. Porque la ruleta genética nos ha hecho vivir en un tipo de distopía y ahora hay que contener los contagios y minimizar los costes humanos. Pero la salida de esta crisis no será una cuestión del destino sino que será fruto de decisiones políticas.

Preguntas relevantes hay muchas. Yo destacaré tres.

La primera tiene que ver con los efectos de esta crisis sobre la democracia: ¿saldremos con una democracia más débil o más fuerte? Estos días vivimos bajo una le-

gislación de excepción, que da poderes especiales a la policía, que ha sacado el ejército en la calle para controlar la población civil y que ha recentralizado el poder. Vivimos con una cierta normalidad la presencia de militares en las ruedas de prensa del gobierno, así como el uso y abuso de vocabulario bélico. También vemos cómo se empieza a cuestionar cualquier disenso como antipatriótico. Y hemos visto una cierta idealización de la distopía autoritaria china, por la capacidad que tiene de controlar a su población de manera efectiva haciendo un uso intensivo de las tecnologías de vigilancia y monitorización.

Todo esto merece una reflexión. Porque, por un lado, parece lógico aceptar restricciones temporales a algunas libertades básicas -como la de movimiento- para tratar de minimizar el coste humano de la pandemia. Es un pacto social razonable. Pero hace falta no perder la perspectiva. Todo el envoltorio autoritario y militarista con que se ha acompañado el estado de alarma, especialmente en el estado español, es perfectamente prescindible. Y peligroso. No sabemos si la excepcionalidad durará semanas o meses. Pero parece necesario construir una cultura democrática de la excepción, basada en la cooperación, la solidaridad y la primacía de los cuidados. Y en el uso democrático del conocimiento científico. El gobierno español del PSOE (y Podemos) ha perdido la oportunidad. Desgraciadamente.

La segunda pregunta tiene que ver con los efectos que tendrá todo esto sobre la sociedad civil: ¿nos hará más cooperativos y confiados, o más egoístas y desconfiados? Paradójicamente, en tiempo de aislamiento y distancia social, hay una cierta sensación de proximidad y de solidaridad entre vecinos y desconocidos. Se impone

la solidaridad y la ayuda a la población más vulnerable. Y la cooperación ciudadana masiva, que no puede basarse en una lógica de interés individual. Porque nos llevaría a un problema enorme de acción colectiva y haría inviable la cuarentena sin un control social y represión a gran escala. La cooperación que hace falta solo se puede fundamentar en una lógica próxima al imperativo categórico kantiano, según el cual actuamos como creemos que lo tendría que hacer todo el mundo. Pero la historia está llena de casos en que ante situaciones extremas, como una pandemia, no se impuso la lógica de la cooperación sino la del egoísmo, la competencia feroz por recursos escasos y la disolución de los vínculos de solidaridad. Ya hemos visto casos un poco anecdóticos de fugas de la ciudad, acumulación de papel higiénico y robos de material de protección. Queda por ver qué lógica se impondrá si esto se alarga y se endurece. Pero, sobre todo, la pregunta relevante es qué herencia dejará este tipo de experimento social a gran escala que estamos viviendo. Una posibilidad es que sea una herencia positiva, pero también podría ser heterogénea, en función de los niveles de cohesión comunitaria y de confianza social preexistentes.

Y, por supuesto, **la tercera pregunta** tiene que ver con las consecuencias distributivas del choque económico. Hemos oído el discurso de Pedro Sánchez, tan vacío como de costumbre, diciendo que el virus no distingue entre territorios, ideologías ni clases sociales. Pero es evidente que ni la exposición al contagio, ni la dureza del confinamiento, ni el riesgo y la incertidumbre económica y laboral son iguales para todo el mundo. La pandemia sí que distingue entre clases y la distribución de los riesgos es profundamente desigual. La profundidad y dureza del

choque económico y, sobre todo, la distribución de la factura que provocará serán resultado de decisiones políticas que se están tomando ya en las esferas de poder. Podemos intuir que se impone, de forma más inmediata, una lógica keynesiana. No parece que haya muchas alternativas a la inyección masiva de dinero ante una parada forzosa de la actividad de esta magnitud. La pregunta, pero, es que vendrá después de los rescates de emergencia. Porque, si no hay cambios importantes en la correlación de fuerzas, podemos esperar una nueva oleada de austeridad y ortodoxia a costa de los más débiles.



No hay otra Arca de Noé: naturaleza y destino humano

HÉCTOR PEÑA DÍAZ

Fuente: [Cronicón: No hay otro arca de Noe](#)

28 marzo, 2020

*«Mientras la tierra permanezca,
no cesarán la sementera y la siega,
el frío y el calor, el verano y el invierno,
y el día y la noche».*

(Génesis 8,22).

No hay otra Arca de Noé que la tierra misma, los que sueñan con Marte y otros planetas para aposentar sus privilegios tendrán que esperar eternidades en las sillas de su egoísmo. No hay una suite de lujo donde estar a salvo, todos vamos en clase económica en este viaje finito, pues a la hora final la muerte no distingue ni las medallas ni los blasones que se otorgan a sí mismos los hombres.

Quizás se olvida de lo que estamos hechos. La Biblia lo enfatiza sin eufemismos:

«con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás».

Es verdad, los humanos anduvieron en cuatro patas como los monos, luego se alzaron y se volvieron bípedos implumes, descubrieron el fuego, los metales, la rueda..., cultivaron la tierra, navegaron los mares y edificaron grandes imperios. Pero en toda época y todo lugar ese animal racional (homo sapiens) se ha visto impelido a procurarse el alimento, un techo donde guarecerse y un lecho donde yacer y multiplicarse.

El progreso humano es evidente en muchísimas cosas, aun cuando no sea mejor lo que se escribe a diario en las redes sociales, que lo que pergeñaban los antiguos en un pergamino. El despliegue de la subjetividad en la modernidad es el gran acontecimiento, un deimon entre la naturaleza y los cielos, la fuerza que les ha permitido a los hombres enseñorear la tierra y obtener de ella los frutos que guarda y renueva. Ese espíritu le dio aliento al capitalismo, los ferrocarriles y los barcos a vapor comenzaron a transitar por los rieles y los mares y el mundo se volvió pequeño para los toldos del mercado mundial. La historia es larga: pueblos liberándose del yugo de los imperios, clases sometidas en continua lucha por un territorio libre de explotación.

Ahora estamos aquí y esto es lo que tenemos: un mundo prisionero del lucro de las grandes corporaciones, unas desigualdades en el acceso a los derechos, tanto de pueblos como de individuos, que pareciese que estamos ante un persistente retroceso social. La naturaleza es una criatura herida que sangra a borbotones por la mano sacrílega de los hombres. Las mujeres se rebelan contra el colosal edificio de los patriarcas construido a lo largo de los siglos. La innovación de la ciencia es constante y algunos optimistas ven en ella la solución de los graves problemas de la humanidad.

Es una sensación nueva esta soledad del mundo. Parecería que millones de pensamientos individuales forman una gran masa de conciencia humana, algo nunca visto en la historia. No son los profetas ni los dioses ausentes los que salvarán el mundo. El radar (el deimon) es esa nueva conciencia hecha de infinitas meditaciones... tal vez eso lo pudieron comprender las grandes civilizaciones indígenas, algunos pueblos de la antigüedad, donde no había una separación tan brutal y ciega entre lo común y el individuo.

¿Qué es verdaderamente lo común? No está en las banderas ni las fronteras; ni en los mercados ni las armas; ni en las ideologías ni en las religiones, lo que nos identifica y determina está en la naturaleza, en nuestra condición frágil y finita, en el ciclo mismo de la vida, una huella en el tiempo somos, un suspiro en la noche del mundo.

Quizás sea urgente reflexionar sobre la naturaleza y el destino del ser humano a propósito de la peste (coronavirus) que tiene en cuarentena a muchos países. Varias hipótesis: el mercado no es el instrumento adecuado para controlar el virus, diría que más bien es el cuerpo que necesita el virus para expandirse. Segunda: el capitalismo es el virus, no solo ha instalado el egoísmo en las relaciones humanas, sino que vive de sus incontables desgracias. La naturaleza humana es contingente y finita; frágil y vulnerable; su destino es incierto y tal vez trágico; hemos destruido el sendero por el que se camina y nuestra ingenuidad es creer que la potencia de la subjetividad nos permitiría trascender la naturaleza a la que estamos atados sin remedio, no solo porque es la única casa sino porque también estamos hechos de su misma materia.

Alguien viene, es una criatura invisible, anónima, indiferente, inconsciente, larva de otras latitudes, parásito ciego que quiere morir con nosotros y seguir viviendo. Nos quiere tratar como nosotros tratamos a muchos otros seres humanos, como un medio para nuestras ambiciones y placer, aunque el coronavirus es como un vampiro al que le sacan del corazón la espada de plata y vuelve a la vida inmortal en la que sobrevive bebiendo la sangre de los otros.

Por fin descansa la máquina del capital, su lógica intrínseca: no dejar jamás de crecer, ha sido tocada por el coronavirus. Señales alentadoras: venados corriendo en ciudades vacías, la presión sobre la tierra disminuyendo a su favor, la contaminación cediendo, la vida interior multiplicándose. Es como si estuviésemos en un ensayo del juicio final y la muerte con sus múltiples rostros, todos inciertos, nos amenaza sin distinción. La muerte solo puede ser vivida como negación, si no sería imposible vivir, por eso su proximidad o su certeza, por ejemplo cuando un médico le dice al paciente que le quedan seis meses de vida, o ahora cuando hacemos una fila para morir pero no sabemos qué puesto ocupamos en ella, se vuelve un infierno de miedo e incertidumbre. El virus parecería que sigue la escalera del tiempo. Empieza por los que han vivido, como un Darwin reencarnado que se acomodara al ciclo evolutivo de la especie.

El mundo se ha detenido. El corazón del capital palpita aceleradamente en las bolsas de las grandes ciudades. Su arritmia es evidente, no puede entender qué ha pasado, es una máquina que todo se lo traga y no puede parar. Ahora el miedo constante que produce su paso se le ha devuelto, pues es tal su característica, masiva y existencial por el coronavirus que, por primera vez desde que

inició su infernal carrera por los rieles de la modernidad, el mito del crecimiento perpetuo no nos sirve para justificar lo que pasa. Un alto en el camino es de vida o muerte, así de sencillo. Unos signos que revelan esa pugna contra la naturaleza por parte de los hombres es el acercamiento de muchos animales “salvajes” a las calles de las ciudades deshabitadas. Todo esto parecería un aviso de los tiempos y de la misma tierra, si no encontramos otra forma de estar en el mundo, pereceremos irremediablemente.

Todos estamos a la espera de algo que no se sabe muy bien qué es, queremos vivir, nos aterra la muerte. Vienen los bárbaros en caballos diminutos como reyes de un reino antiguo, sus espadas son invisibles y su grito de guerra es el miedo que causa en nosotros. Como a los conquistadores de la “América” precolombina, los vemos como dioses inmortales, pero a diferencia de los pueblos indígenas no los recibimos con ofrendas, nos refugiamos en las casas como si fueran un viento huracanado. Siguiendo la frase de Napoleón: la única batalla que se gana huyendo es la del amor, diría que la única forma de ahuyentar el coronavirus es a través del amor. Una prueba de fuego para la humanidad por el lado menos esperado: nosotros mismos como aceleradores del fin, agentes activos de lo finito: Los heraldos negros que nos manda la muerte.

He subido las cortinas y abierto las ventanas de mi nave espacial. Un viento frío y discreto entra sigilosamente y se acomoda en las esquinas. El sol barre como una escoba nueva los rincones de sombra. La vida espléndida se posa en la cocina y se convierte en una taza de café, el maíz en mis manos se transforma y el calor del fogón lo

vuelve una arepa. El sonido de una viola le da paso a una música antigua, la quietud de la ciudad es como la de un monasterio. El amor se abre camino desde mi corazón hacia el mundo.

La paloma no aparece aún con su rama de olivo en el pico.



Biblioteca Omegalfa

2020

Ω